

C E S E D E N

PRINCIPIOS BIMILENARIOS DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

- Por F. de Bordeje -

(De la "Revista General de Marina"  
Tomo 178 de Enero de 1.970.)



Enero, 1972

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 60 - II

Cuando se dice que en la vida humana no hay nada nuevo ni definitivo, no se hace más que afirmar una realidad. De ahí que muchas veces hayan de esperarse sorpresa, al advertir que ciertos hechos tenidos hoy como originales fueron, sin embargo, entrevistados y definidos en épocas que, en ocasiones, son muy lejanas.

Es lo que sucede con unos Tratados del Arte de la Guerra, compuestos en su mayor parte por unos estrategas chinos, entre los siglos IV y III antes de J.C., en los que precisamente figura la forma de conducir la lucha revolucionaria, considerada como un eficaz instrumento para vencer al adversario.

Es de notar que esas doctrinas han pasado casi inadvertidas, pués si, a veces, fueron citadas, nadie se detuvo a profundizar en los sorprendentes fondos de esos bimilenarios principios, en los que se contiene, sin embargo, el fundamento de la guerra revolucionaria, tal como hoy se formula y aplica y como la concibe y predica Mao Tse Tung, - inspirado, según él mismo reconoce, en tales textos.

A lo largo de los siglos, y por la constante experiencia adquirida en los continuos encuentros que animaron la trágica pero aleccionada marcha de los pueblos, fueron formulándose unas reglas, si no del todo fijas e inmutables, al menos bastante precisas para la conducción de las luchas; reglas que, una vez depuradas y contrastadas, promovieron - los conocidos principios estratégicos en los que hasta aquí se inspiró el arte de la guerra. Principios que hasta los momentos actuales pudieron ser considerados vigentes, aun cuando los avances técnicos, los procesos económicos y sociales y otros factores les obligaran a sucesivos cambios para adptarse a las exigencias impuestas al correr de los tiempos, a fin de regular en cada época las doctrinas menores para el desarrollo de las operaciones terrestres, navales y, posteriormente, aéreas.

Pero, según se desarrollaba esa continua adaptación, y a medida - que el arte de la guerra, o la teoría para quienes no admiten la primera denominación, avanzada, de acuerdo con los diferentes métodos y experiencia de cada estratega, su cuerpo doctrinal se concretaba y depuraba; y así, en la época moderna, veremos que en tanto que Napoleón condensó sus pensamientos en 115 máximas, Nelson redujo las suyas a 10 y Clausewitz a siete, llegándose, por fin, a los 11 principios que parecen haberse impuesto en la dirección estratégica de nuestros días.

Mas, dentro de tales concepciones y fuere quien fuere el que las formulara, todos los tratadistas consideraron a la guerra desde un punto de vista absoluto y sin atenuación alguna, a base de unos contendientes que habían de ceñirse a unas normas que pudiéramos llamar regulares. Se entendía que, en todos los casos, las contiendas habían de regirse por unas reglas estrictas que permitieran la aplicación de los reconocidos y casi intangibles dogmas estratégicos.

Clausewitz, el padre de la estrategia predominante casi hasta nuestros días, se erigió en portavoz de tal mentalidad, fundándose en sus observaciones de las guerras por él presenciadas desde 1800, pero se descuidó, o acaso desdeñó el hecho de la organización de las fuerzas de la Convención francesa, compuestas en su mayoría por voluntarios revolucionarios, si bien todos sus mandos, a comenzar por Dumouriez, aunque planearon sus campañas sobre la acción de las intervenciones populares, no dejaron en realidad de inspirarse en los métodos clásicos que por entonces imperaban.

Con la citada época de 1972 comienza la tendencia a recurrir a las voluntades oscilantes de las masas, con el intento de dominar y conducir por la violencia a las sociedades hasta allí constituidas, encaminándolas a abolir las eminentes desigualdades sociales existentes. Pero los tratadistas de la guerra se obstinaron en ignorar tan evidentes realidades y no vieron que, para resolver lógicamente los problemas derivados de aquellas manifestaciones populares, era preciso contar con las ideas que las animaban, cuyas peculiaridades, quisiérase o no, habrían de influir en lo sucesivo, no ya en los principios estratégicos, sino en todo el conjunto de las relaciones políticas internacionales.

Más lo que los citados tratadistas de la guerra no advirtieron, fue entrevisto y captado por algunos destacados ideólogos que, como Karl Marx y Federico Engels, no se limitaron ya a pensar en los meros asuntos políticos y sociales, sino que, intuyendo lo que podía obtenerse de tales modalidades, comenzaron a prestar atención a los problemas militares, para apropiarlos a sus fines, razón que, de cierta manera, puede explicar la amplia y variada experiencia que los actuales partidos comunistas poseen en materia de guerra revolucionaria porque les viene de una tradición, - en ellos ya muy arraigada, que se remonta a casi un siglo.

Por contraste, los estrategas profesionales surgidos durante el siglo XIX y los principios del XX, no conceptuaron a las ideas subversivas más que como unos principios sin valor, a los que no había de concederse importancia. De ahí que las contiendas armadas siguieran inspirándose en los moldes clásicos, sin dar cabida a otros preceptos que progresivamente irían imponiéndose, para que en el porvenir todas las guerras fueran adquiriendo un cierto carácter revolucionario, si bien habría de esperarse a Lenin, y después a Mao, para incluirlos, con carácter real y positivo, en el Arte o Teoría de la Subversión y, por consiguiente, de la Guerra.

Claro es que, según hoy se aduce, en aquellos tiempos había ciertas razones que excluían tales ideas. La gradual introducción de la violencia subversiva en los métodos de guerra no podía ser admitida ni llevada a cabo porque, entre otras cosas, el cultivo de la psicología como ciencia y los métodos y técnicas de la propaganda y difusión no habían llegado todavía y era difícil, por lo mismo, que los mitos sustentadores de la lucha de clases, la socialización de las riquezas y el triunfo del proletariado, por ejemplo, logran adquirir fuerza suficiente para movilizar a su favor los recursos espirituales e intelectuales de las masas.

Hay que reconocer, dándole el importante valor que en si tiene, el hecho de que, a partir de estos nuestros tiempos, la concurrencia y aportación populares, con sus disolventes ideas, que los sistemas modernos de difusión tanto favorecen, serán una de las piedras angulares de los futuros conflictos y, en consecuencia, que todas las doctrinas estratégicas se verán influidas por semejante novedad. De ahí que los principios de guerra revolucionaria se tengan ya en cuenta en los planes y reglas de todos los ejércitos y que, a la hora presente, las grandes y pequeñas potencias cuenten, estudien y prevean sus posibles características y derivaciones.

Más lo que produce sorpresa es que esos principios sobre las ideas de la subversión en la conducción de la guerra, considerados como invenciones de nuestros días, habían sido ya conocidos y seguramente practicados en China hace unos dos mil cuatrocientos años y, como después se verá, los autores de semejantes doctrinas formularon unas reglas tan precisas y singulares que hoy forman, sin duda alguna, la base de las ideas de acción revolucionarias de Mao Tse Tung, cuyas máximas no hacen apenas más que recoger tan lejanos antecedentes.

### Los tratadistas de la antigüedad china y la divulgación de sus principios.

Podemos decir que de los escritos a que nos referimos, base del presente trabajo, la Europa de la alta Edad Media apenas pudo tener conocimiento sino a través de las irrupciones mongólicas. Mas desde entonces, y pese al apasionado interés con que el mundo occidental de fines del siglo XIII acogió las revelaciones de Marco Polo, no se sabe qué día diera a conocer la existencia de esos y otros notables escritos.

Hubo que esperar a que un jesuita, el padre Joseph Marie Amyot o Amiot, fuera enviado en 1740 a China, donde consiguió captarse la estimación y confianza del emperador Kien-Long, que aprovechó para penetrar en los más recónditos secretos del Celeste Imperio, hasta entonces poco conocido en Europa. El activo jesuita, que habría de morir en Pekín en 1793, publicó una larga serie de obras y trabajos, editados, tanto en -

la citada capital china como en París, referentes a la historia, geografía, etc., acompañados de un importante diccionario y de algunas traducciones directas, entre las que precisamente se destaca la aparecida en 1772, impresa por la editorial parisiense Didot, aún subsistente, con el título Arte militar de los chinos o recopilación de los antiguos tratados sobre la guerra, publicación de la que posteriormente se hicieron otras ediciones, entre ellas la de 1782, que parece interesó a Napoleón.

En la obra del padre Amyot, y según se advertía en su misma portada, se hacia constar que esos tratados, que fueron siete, habían sido compuestos antes de la era cristiana por varios generales, cuyos nombres quedaron marcados en la historia militar del Imperio, quienes debieron servir a las dinastías de los siglos IV y III antes de J.C. Algún autor moderno, de los pocos que se han ocupado del tema, los califica más que de patriotas o nacionalistas, de estrategas profesionales, a sueldo de quienes mejor pudieran recompensarles. Dichos generales dieron su propio nombre a sus respectivas creaciones, de las cuales el padre Amyot no tradujo sino una reducida parte, por haberse perdido las demás, pérdida muy lastimosa si se atiende al considerable valor de los capítulos conservados.

Durante el siglo XIX, la divulgación de esos escritos debió ser muy escasa, ya que solamente tenemos noticia de la publicación en Italia, a nombre de SunZu, de un pequeño libro titulado L'Arte della Guerra, pero, según el capitán de navío de la Marina norteamericana Richard O. Patterson, las milenarias doctrinas chinas fueron conocidas por varios oficiales americanos y europeos que frecuentaron aquellas tierras, entre los que pueden destacarse el conocido aventurero Frederick Townsend Ward y el futuro general inglés Gordon, célebre por su trágica muerte, en 1885, cuando el asalto de Khartoum por los derviches o mahdista egipcios. No obstante, hasta 1908 los viejos postulados no fueron vertidos al inglés, siendo el capitán E.F. Calthop quien los tradujo y reveló en un pequeño volumen de 119 páginas.

Pero la publicación más completa y divulgada, dentro del escaso interés que hasta nuestra época merecieron las referidas doctrinas, se debe al teniente coronel francés Chollet, que en 1922 editó en París un volumen de 168 páginas, titulado L'Art Militaire dans l'antiquité chinoise, en el que revisaba las traducciones del padre Amyot y agrupaba, por conceptos, las sentencias de los diversos autores, en lugar de exponerlas separadamente como aquél lo había hecho.

Sin embargo, hasta 1927 los referidos estudios atraían a los profesionales más bien por curiosidad que por una real videncia de su contenido, siendo en ese año cuando parece ser que el prestigioso escritor y militar inglés Lidell Hart advirtió la importancia de las prescripciones contenidas en tan arcaicos textos.

No obstante, habría de esperarse largos años para que las teorías de los maestros chinos adquirieran plena vigencia, lo que se logrará -

gracias a Mao, cuando fundamente sobre ellas sus ideas de acción revolucionaria. Desde entonces, los capítulos de los milenarios estrategas vienen siendo más atendidos en artículos y trabajos profesionales, me reciendo destacarse la reciente recopilación y comentarios del general norteamericano Samuel B. Griffith, de algunas de las partes más destacadas de los referidos textos.

A pesar de que, según consta en la traducción original del padre Amyot, los tratados chinos fueron siete, en algunas publicaciones posteriores figuran únicamente como autores, bien el Sun-Zu de la edición italiana o Sun-Tsé y Wu-Tzu citados continuamente por Patterson en su interesante trabajo. Conviene, por tanto, definir las diversas fuentes de las que el sabio jesuita nos dio noticia, asimismo comentadas por el teniente coronel Chollet.

El primer autor en importancia y quizá, si atendemos a las veces que ha sido citado, el más conocido en Occidente es Sun-Tsé, cuyo trabajo parece ha de interpretarse como Reglas sobre el arte militar, de las que solamente se conocen 13 capítulos, de las 82 que en principio componían la obra original. Este estratega se cree que vivió en el siglo III anterior a nuestra Era.

A Sun-Tsé sigue en consideración Wu-Tzu, conocido igualmente como Ou-Tsé, contemporáneo de aquél. El padre Amyot afirma que los chinos colocaban a estos dos autores a la misma altura que Confucio, aunque en diferentes esferas. De la obra de Wu-Tzu únicamente se poseen seis capítulos.

Continúa luego un tercer escritor, llamado Se-Ma-Jang Kin, que vivió bajo la dinastía de los Tchéou, anterior a J.C. Su nombre es comúnmente abreviado y conocido como Se-Ma, de quien nos han llegado seis capítulos de su trabajo Reglas del arte militar, que, con los 60 artículos que quedaron del otro libro Lou Tao, atribuido a Liu-Vang, aun de época anterior, componen los textos traducidos que hoy están a nuestro alcance.

De los restantes autores y tratados, el padre Amyot no dio sino referencias, por las que se sabe que la obra de uno de ellos titulada Ven-Toui estaba expuesta en forma de preguntas y respuestas, figurando entre los interrogadores el emperador Tai-Tsong, de la dinastía Tang. El mismo comentarista afirma que el libro llamado Goei-Leao-Tsé era así mismo dialogado y comprendida 24 artículos poco extensos, mientras que el denominado San Lio se dividía en tres partes y fue compuesto por Hoang-Che-Kong, bajo la dinastía de los Tsin, siempre unos y otros viviendo antes de la Era cristiana.

Breve exposición de las doctrinas chinas.

Entre los axiomas de los viejos tratadistas, cuyos escritos fueron, en parte, traducidos aparecen conceptos bastante diversos, aunque en su conjunto componen una doctrina militar dotada de un carácter racional, serio y hasta moral, con cierto fondo de prudencia.

Dicha doctrina se funda, en gran parte, en saber conocer y aprovechar las relaciones que unen y mueven a los seres humanos, en función de los sucesos de la vida, así como las causas y efectos de esas relaciones y las circunstancias que rodean a cada acto.

De otro lado, es de destacar en tales principios un profundo conocimiento del hombre, ya aislado o en grupo, y, consecuentemente, la apreciación de los lazos que ligan al individuo con la colectividad. De ahí que preconicen la necesidad de desarrollar y utilizar las aptitudes individuales y generales, no para promover los intereses particulares de unos y otros, sino los del grupo, lo que les conduce a establecer - ese gran principio de todos los tiempos de que la fuerza de un pueblo reside en la unidad de sentimientos y de acción.

Podría decirse, en suma, que los suspicaces tratadistas chinos - consideraron al arte de la guerra desde un punto de vista exclusivamente psicológico, entreviendo y analizando como decisivos los factores - de ese orden, por encima de otras consideraciones. De ahí que no se de tengan a explicar ningún detalle específico de la organización ni del armamento, es decir, de lo que en nuestro tiempo aumenta la complejidad de las ideas, aunque no por ello deja de observarse en todo el conjunto una constante preocupación por aplicar al esfuerzo bélico todo cuanto pueda conducir a positivos resultados.

En cuanto a sus ideas sobre movilización, efectivos y logísticas, tampoco se aproximan a las nuestras, pero hay que tener presente que - esos extremos dependen y varían según la época y los medios, siendo pre cisamente la ausencia casi completa de atención a tales consideraciones lo que da a esas doctrinas un aire de actualidad.

A cambio, si atendemos a lo que en ellas se expresa sobre las circun stancias y caracteres con que las fuerzas y elementos han de ser uti lizados, se llega a la convicción de que algunas condiciones, como las de la libertad de acción, economía de fuerzas, iniciativa, control y - sorpresa, no han cesado de imponerse en todo tiempo y lugar, desde la antigüedad a los días presentes.

Algunos de los escasos escritores militares que conocieron y se - ocuparon de esos textos llegaron a pensar en unas posibles mixtificaciones, sin advertir que cuando en el siglo XVIII se difundieron por prime ra vez en Occidente, no se podía vaticinar y menos prever las convulsio nes que desde 1918, y mucho más desde 1945, habrían de desencadenarse -

en el mundo y, además, que si el padre Amyot, cuyos viajes y publicaciones sobre el Imperio chino son bien conocidos, por si solo o por indirectas sugerencias hubiera sido capaz de concebir unas doctrinas semejantes, habría que concederle a él o a sus inductores una ingente intuición y videncia, al anticiparse a ideas y preceptos posteriores como los de Marx, Engels y otros.

En principio, las concisas máximas y sentencias con las que se exponen tan admirables teorías, pueden aparecer oscurecidas e inaplicables a las últimas guerras. Mas si se las confronta detenidamente y se aplican a los recientes conflictos, como los de Corea, Argelia y el aún presente del Vietnam, se apreciará su oportunidad y la afinidad de sus procedimientos, que coinciden, en lo posible, con los conceptos sostenidos sobre la conducción de la guerra revolucionaria en el campo operativo, a ejemplo de Mao y Giap, que en esas doctrinas milenarias hallan su guía y sus más patentes enseñanzas.

En rigor, no puede decirse que los antiguos estrategas chinos dieran preferencia a unos conceptos sobre otros, pues supieron conjugarlos y adaptarlos a su especial idiosincrasia, aunque no por ello dejaron de tener siempre presente que desde la maniobra a la seguridad, todos los principios son meros coadyuvantes del fin buscado, esto es del objetivo, que, entonces como ahora, fue siempre el principio fundamental.

Muy acertadamente, no confundieron ese fin con los actualmente considerados como objetivos físicos que, sin embargo, para la estrategia española y francesa del siglo XVIII, constituían los fines esenciales de su acción, como eran las conquistas territoriales o espacios geográficos. Tampoco consideraron como tales la destrucción de las fuerzas armadas enemigas, que para la estrategia del siglo XIX y parte del XX constituía el designio capital.

Su gran mérito reside en el hecho de que se adelantaron muchos siglos en el desarrollo del mencionado principio, al advertir que el único fin u objetivo a que debía tender la guerra era, no solamente anular la voluntad de lucha del adversario, sino el de obligar a asimilar a la suya la voluntad del enemigo, eminente postulado adivinado por Carlos Marx, aplicado por Lenin y elevado por Mao a su más alto valor, con sus doctrinas y métodos de guerra revolucionaria (1).

---

(1) Yo exijo una cosa fundamental a todos aquellos que gobiernan a las tropas, que es el arte de saber imponer su voluntad al enemigo... - Esa gran ciencia de obligarles a hacer aquello que vosotros deseais, requiere que le suministréis, sin que se aperciba, todos los medios de que disponéis para poder secundarle. SUN-TSE. VI.



De ahí proviene que en ese tipo de guerra no se reconozca, fuera de aquél, otra clase de objetivos físicos, ni tampoco los ofensivos y defensivos, pues si en algún momento así lo parece se trata únicamente de movimientos claramente diferenciados, que actuarán con uno u otro carácter, según operen de acuerdo con las directivas de una común estrategia ofensiva, como fue el caso de los partisanos rusos del final del último conflicto, o en acciones subversivas sobre las retaguardias-enemigas, en apoyo también de una común estrategia, en este caso defensiva, tal como lo demostraron los resistentes yugoslavos y franceses - en el citado período, lo que, en suma, refuerza la particularidad de esa clase de guerra.

Encaminados a ese fin, los estrategas de la antigüedad china formularon una serie de reglas y normas, que hoy llamaríamos de acción psicológica, con el único fin de debilitar la moral del enemigo, antes de emprender cualquier acción decisiva (1). Muy de acuerdo con las características de su raza, preconizaron ya las ideas de minar, desgastar, reducir por la astucia y envolver por el engaño los obstáculos, antes de emplear la violencia para quebrantar la resistencia del contrario, acudiendo únicamente a ella si las circunstancias y la relación de fuerzas lo permitieran y si la ocasión les era en todo caso propicia (2).

---

(1) Trabaja sin cesar para suscitar problemas entre tus enemigos. Miente, confunde, si es preciso, conduce a la gente de honor a acciones vergonzosas e indignas de su reputación y divulgarlas. Siembra la disensión entre los mandos... amotina a los inferiores de sus superiores...envia mujeres para corromperlos...SUN-TSE VIII.

Vence por decepción, estratagema como medio de debilitar su moral. Hostiga y acude a la astucia e incluso a las negociaciones para entretenerle y entonces atacar; así todo le costará menos. SUN-TSE VIII.

(2) No libres una acción si no estás seguro de tu victoria. SUN-TSE.VII.

Antes de llegar al combate trata de humillar a tus enemigos, mortificarles y fatigales de mil maneras...SUN-TSE IV.

Atacad siempre que seáis los más fuertes y defenderos si sois los más débiles, por medio de astucias que os sugieran las circunstancias, para mantener siempre a salvo vuestra situación. SUN-TSE I.

Los hábiles guerreros deben prever todo lo que tienen a su favor y en contra, para lo cual deben conocer la situación de sus enemigos y sus fuerzas, para así poder juzgar lo que se debe hacer y hasta dónde se puede llegar. La victoria es un reflejo normal de la información obtenida y de la sabia aplicación de ésta. SUN-TSE IV.

Como meros coadyuvantes para lograr ese objetivo revolucionario y en el terreno puramente operativo, la selección de los que hoy llamaríamos objetivos físicos, puntos sobre los que el fin se enfoca, depende del momento, aunque, como los autores chinos destacan en sus tratados, una vez escogidos, todos los esfuerzos deben aplicarse, directa o indirectamente, a conseguirlos, a menos que un cambio de la situación requiera una nueva estimación y, con ello, el señalamiento de nuevos fines (1).

Para alcanzar tales objetivos, dichos estrategas aplicaron el concepto de maniobra, concebida muy ortodoxamente para esta clase de guerra, ligándola intimamente con la movilidad y la dispersión, sin olvidar que la primera es más bien un concepto táctico, en tanto que las otras son principios estratégicos. Esta aseveración está hoy fuera de toda duda, según quedó demostrado por la Marina norteamericana durante la segunda guerra mundial, en el Pacífico, en donde, gracias a su poder aéreo embarcado, logró una gran movilidad, hasta entonces nunca alcanzada, para proyectarse sobre considerables espacios estratégicos (2).

De ahí que, para mentalidad de los viejos autores, la guerra es táctica y el concepto de frente continuo aparecido en la primera guerra

(1) Una vez decididos, toda la atención y todos los esfuerzos deben dirigirse en exclusiva a conseguir el fin previsto. SE-MA. IV.

Adaptado vuestro plan, obrad conforme a él y no lo cambiéis más que cuando veáis evidentemente que hay peligro en seguirlo. SE-MA. IV.

Hay cuatro factores a los que aquél que está a la cabeza de un ejército tiene que prestar toda su atención. De su estudio ha de deducirse el punto en que debe aplicar su acción: el primero es el tiempo; el segundo, el lugar, y el tercero, las circunstancias que nos rodean, y el cuarto la situación de las fuerzas propias y enemigas...WU-TZU. IV.

Cada día, cada ocasión y cada circunstancia exigen una aplicación distinta de los mismos principios...SUN-TSE. VIII.

Si los acontecimientos cambian, el general debe cambiar de conducta; si sus métodos y sistemas tienen inconvenientes, el general debe corregirlos...SUN-TSE. IX.

(2) Cegad al adversario por los movimientos para equivocarlo de mil maneras y apoderarse de todas sus libertades, incluso morales, intelectuales y físicas. WU-TZU. V.

El gran arte de un general es efectuar sus movimientos de forma que el enemigo ignore siempre el lugar y la hora donde se le obligará a combatir, la forma en que preparáis el ataque...De este modo, vuestros movimientos obligarán al enemigo a querer hacerse fuerte en todos los lados, dividiendo sus fuerzas, lo que precisamente será su perdición. SUN-TSE. V.

Sin ser vistos, ved; sin ser oídos, escuchad; obrad sin ruido... Un Ejército es fuerte cuando puede ir y venir, extenderse y replegarse como quiera y cuando quiera. SE-MA. II.

mundial fueran imaginables, surgieron, por el contrario, en sus máximas las ventajas ofrecidas por la rapidez de movimientos, en la que, según dicen, descansan las grandes posibilidades de la infiltración en profundidad en los dispositivos enemigos (1). Esto es, ni más ni menos, que los modernos postulados de la guerra revolucionaria, seguidos por el Vietcong en su año lunar de 1968, cuando, a través de los espacios vacíos producidos por las características de la lucha en aquella zona, les fue fácil la infiltración masiva, que en las primeras semanas sembró la confusión e impidió a las fuerzas americanas ejercer el dominio de las ciudades survietnamitas.

En dicho punto sus ideas son idénticas a las formuladas por Mao, pues cuando aquéllos preconizan que las operaciones deben tender a ganar las retaguardias para atacar los puntos donde se encuentre menor resistencia, no hacen más que establecer el mismo postulado que el actual caudillo chino califica como guerra sin frente (2).

Concebida así por ellos la maniobra, se dirigen igualmente a conseguir la iniciativa, al objeto de crearse unas situaciones favorables que les permitan explotar su acción y aplicar momentáneamente la superioridad de sus esfuerzos. A este fin, recomiendan dividir y dispersar al enemigo, aplicando, si es preciso, en toda su pureza el arte de la subversión (3).

- 
- (1) No emplear para vencer la vía de los sitios y de las batallas generales. SUN-TSE. XIII.

Un ejército no debe acantonarse en un lugar fijo; debe estar siempre luchando o en marcha. SE-MA. V.

En el arte militar hay operaciones que piden la luz del gran día y acciones que necesitan las tinieblas del secreto. La luz y las tinieblas, la aparición y el secreto, he aquí el arte. Hundidos en las tinieblas, se pueden más tarde volver a la luz; de esta forma, la guerra puede llevarse lo más lejos posible en territorio enemigo. SUN-TSE. V.

- (2) Se gana una gran superioridad, si se bate al enemigo en sus retaguardias...No dejes escapar allí ninguna ocasión de incomodarle, haciéndole perecer en pequeños grupos, encontrando el modo de irritarle para lograr más tarde que acuda a vuestras emboscadas, disminuyendo la capacidad de sus fuerzas, arrebatándole sus convoyes y equipos y todo lo que pudiere ser para vosotros de utilidad...SUN-TSE. II.

- (3) El gran secreto de alcanzar con buen fin el final de todo consiste en el arte de saber dividir a tus enemigos...SUN-TSE. XIII.

Forzad al enemigo a dividirse. Si lo hace en diez cuerpos, atacad cada uno separadamente con fuerzas superiores; es el medio de combatir con ventaja y economizar en la lucha. SUN-TSE. VI.

Sin embargo, en la guerra revolucionaria la superioridad no debe confundirse ni asociarse a los modernos principios de la concentración (1). Si en términos clásicos la concentración prevé la utilización de una masa de acción en el momento y lugar adecuado, en aquel tipo de guerra solamente será aconsejable cuando el adversario se halle dividido y debilitado, pues, en resumen, lo que siempre se pretende es mantener bajo cualquier circunstancia el reconocido principio de la economía de fuerzas (2).

A ese respecto, los estrategas chinos que comentamos se muestran muy circunspectos, pues, temiendo por su seguridad, aconsejan rehuir todo ataque frontal que les pueda resultar desfavorable, desde el punto de vista de su conveniencia y prestigio (3).

Pero esa obsesión suya por economizar fuerzas, que no parece hallarse muy de acuerdo con la mentalidad oriental, demostrada sucesivamente en los últimos conflictos de Corea y Vietnam, se traduce por un constante esfuerzo por lograr unos efectos de dispersión y diversión, aunque quizá no adivinen en ellos el peligro que puede entrañar la primera y el aspecto negativo de la segunda (4). No obstante, estiman que

- 
- (1) Poned en función todos vuestros esfuerzos para que, por sus efectos, deis ilusión de extensión de vuestras fuerzas y por la rapidez en la sucesión de ataques deis también ilusión de potencia. SE-MA. V.  
No utilizéis un ejército numeroso; el gran número sirve a menudo más de estorbo que de utilidad...; pequeñas fuerzas bien disciplinadas y adiestradas son invencibles en las manos de un buen general. SUN-TSE. VI.
  - (2) Los medios empleados deben responder al fin buscado. SUN-TSE. VIII.  
Sed siempre el más fuerte sobre el objeto de vuestro ataque. SUN-TSE. VI.  
El orden en las marchas y en el combate y la prontitud en obedecer las órdenes es economía en tiempo y esfuerzos. SE-MA. II.
  - (3) La dignidad de un ejército no debe jamás verse comprometida. SE-MA. IV.  
No dar ningún paso en falso, no librar batallas o escaramuzas, no avances o retrocedas sin que, de diez partes de vosotros ocho puedan creer que todo está bien pensado y merece el aplauso general. SE-MA. IV.
  - (4) Dispersad vuestras fuerzas, pues así el enemigo no sabe dónde atacar e ignorará vuestros movimientos. SE-MA. IV.  
Atacad por medio de fintas, causando incertidumbre con vuestros movimientos... Una vez desorganizado el enemigo en pequeños grupos, seguid atacando hasta verle cansado y hambriento. WU-TZU. V.  
Si habéis rodeado a vuestros enemigos, atacad allí o aquí, pero mantener abierto un corredor donde desgaste sus esfuerzos para mantenerlo. WU-TZU. V.

con tales efectos, aparte de asegurar su propia maniobra, obtienen una amplia libertad de acción en sus movimientos, lo que justamente coincide con lo afirmado por Carlos Marx en su artículo España revolucionaria, aparecido en 1854, en el New York Daily Tribune, que aconsejaba: Estar en todas las partes y no estar en ninguna, llevando siempre consigo las propias bases. Todo esto les lleva a prescribir la descentralización en la conducción de las operaciones, idea, que, por otra parte, es actualmente aplicada por todas las guerrillas del mundo (1).

Llegados a este punto, creemos es interesante observar la profunda diferencia en este aspecto existente en la aplicación de un mismo principio, según se trate de guerra regular o revolucionaria. En la primera, tanto si la maniobra tiene lugar en guerra de movimientos o de desgaste, la victoria exige la superioridad material y moral, esto es, la concentración en el tiempo y en el espacio. Por el contrario, en la guerra revolucionaria, al no existir realmente campos de batalla, no hay choque en el amplio sentido de la palabra, reduciéndose las acciones a un pequeño, pero incesante, número de combates, que significa la dispersión en el espacio y en el tiempo. Así, concentración por un lado y dispersión por otro, son los rasgos diferentes entre ambas estrategias, lo que conduce a dos conceptos distintos que son: centralización y descentralización, que en ambos casos alcanzarán a las fuerzas, comunicaciones y logística.

Continuando con nuestras consideraciones sobre los tan mentados estrategias chinos, se aprecia que, aunque prudentes, conservadores y calculadores, prevén, sin embargo, que el ataque concede siempre la iniciativa y con ella se logra la libertad de acción (2). Ideas igualmente entrevistas por Marx, cuando en otro artículo, publicado en el New York Times en 1852, titulado Revolución y contrarrevolución, escribía: La defensa es la muerte en lucha revolucionaria; el ataque es la mejor defensa; atacar y retirarse para no estar nunca inactivos; si en el aspecto global de una guerra revolucionaria los movimientos pueden ser estratégicamente defensivos, la táctica debe ser siempre ofensiva.

---

(1) Un buen general no debe concentrar en sus manos todas las acciones, si observa que subordinados leales pueden conseguir más fácilmente la victoria. SE-MA. IV.

(2) No busquéis la decisión en un combate a costa de mantener una libertad comprometida; es mejor reducir al enemigo por maniobras, incluso morales, que aumenten su perplejidad e indecisión. WU-TZU. VI.

La perfección en el arte de la guerra consiste en que por tus ataques consigas debilitar la retaguardia del enemigo, si éste refuerza el frente, y debilitar su izquierda, si refuerza su derecha... Así siempre tendrás en tus manos el plan por ti ideado. SUN-TSE. VI

Tened presente que siempre el ataque debe poder transformarse en defensa y la defensa en ataque, el avance en retirada y la retirada en avance; las fuerzas de resistencia en fuerzas de asalto y éstas en bloque de resistencia. SUN-TSE. V y VI.

Pero también advierten que el mantenimiento de un espíritu ofensivo a ultranza puede apartar del fin real, idea muy precisa, pues no hay que olvidar que un espíritu tal puede inducir al enemigo a concentrarse, favoreciendo involuntariamente al permitirle de esta forma simplificar sus problemas de abastecimientos y de seguridad (1).

Esas consideraciones con respecto al espíritu ofensivo a ultranza fueron, asimismo, entrevistas por Lawrence de Arabia, quien se percató del peligro que entrañaba, como lo demuestra cuando en su libro - Los siete pilares de la sabiduría afirmaba que los ataques a ultranza y la prosecución de una acción más de lo debido, permitirá al enemigo cambiar sus dispositivos y hacerles entonces frente llevaría a romper con una regla fundamental, como es la de no ofrecer nunca un objetivo al adversario. Como palpable y reciente confirmación de esas palabras puede señalarse la defensa ofrecida por el Vietcong en la ciudadela - de Hue, en 1968, cuya defensa por numerosas semanas permitió a las fuerzas norteamericanas no solamente recuperarla, sino causarles innumerables bajas.

Como era de esperar, los sagaces maestros del Celeste Imperio - abordaron naturalmente lo referente a las características del mando, es decir, de ese otro gran principio del control o cooperación que, como vemos, estaba también presente en sus mentes.

Es curioso observar su estimación de la necesidad de que, por su competencia profesional y sus dotes personales, el Jefe logre el respeto y la obediencia de sus subordinados; asimismo, para conseguir la victoria, es necesario que el mando establezca adecuadamente una ponderada asignación de responsabilidades y de autoridad, en los diversos escalones de la jerarquía, así como la necesidad de educar al combatiente.

---

(1) Si tenéis ocasión de una acción particular, no por eso dejéis de llegar a una acción general que no podáis sostener. SUN-TSE. VII.

Un buen general no debe contentarse con saber cuándo debe atacar, sino que es preciso que sepa cuándo y cómo debe batirse en retirada. WU-TZU. II.

No os gastéis si estáis exhaustos y tenéis las armas gastadas, pues entonces el príncipe vecino, surge, ataca al país debilitado y los hombres juiciosos no pueden hacer nada por defenderlo. SE-MA. V.

y adiestrarlo, no solamente para obtener un necesario nivel de eficacia individual o de grupo, sino para llegar a una espontánea unidad de esfuerzos, confianza y moral (1).

En verdad, estos capítulos son todo un tratado de psicología humana, arte primordial en toda acción revolucionaria.

No podemos extendernos, cual quisiéramos, a exponer y criticar - la diversidad de prescripciones que los experimentados estrategas de aquellas milenarias dinastías expusieron en los reducidos textos que nos son conocidos. Mas lo hasta aquí examinado hará comprender, según creemos, tanto la inmensa curiosidad que provocan como la admiración - que sus disposiciones y máximas merecen. La vida, repetimos, guarda in finitas sorpresas y no es la menor la coincidencia de tales bimilenarios principios con los que en esta misma hora se sustentan y se practican.

#### Revaloración de los antiguos textos.

Ya hemos dicho que hasta nuestros días los textos de que nos ocupamos fueron muy poco conocidos y, en todo caso, ignorados en su real valor y actualidad y, por lo mismo, dados totalmente de lado.

En lo que se refiere a la centuria anterior, la justificación de esa ignorancia pudiera residir en las querellas de doctrinas que, especialmente en su primera mitad, se batían tan de pleno en el mundo militar. La filosofía de Clausewitz dominaba por completo, y aunque se afirma que tan eminente estratega no conoció las traducciones del padre Amyot, es sorprendente que, al hablar de que la guerra será decidida - por quienes dispongan de la última reserva, aludiendo a la acción de desgaste, admitiera las mismas astucias, estratagemas y maniobras que las de las vetustas obras asiáticas.

En cambio, según Griffith, actual traductor e intérprete de las obras de Mao, Napoleón leyó la nueva edición del padre Amyot de 1782,

---

(1) Un general que tenga valor es una buena cosa, pero si sólo tiene - esta cualidad no temo decir que no es digno de mandar. WU-TZU. IV.

Es preciso saber emplear a los hombres, según sus inclinaciones y aptitudes, suministrándoles para ello los medios con los que pueden desplegar su talento y su valor. SE-MA. II.

Adiestrad a vuestras tropas, pero adiestradlas con vistas al objetivo que os proponéis; no canséis ni aburráis sin necesidad; todo lo que ellas puedan hacer para bien o para mal, está en vuestras manos. Cuando castigéis hacerlo en su momento y a tenor de lo que la falta pide. SUN-TSE. IX.

pero, dadas la constitución y la mentalidad del Emperador, es posible que considerara aquellas arcaicas y exóticas creaciones como curiosos documentos sin valor ni aplicación en las contiendas de su tiempo, en las que, según la estrategia dominante, antes y después de la Revolución y del Imperio, los objetivos físicos se condensaban en el arte de batir a las fuerzas enemigas, destruirlas y ocupar su territorio.

Más tarde, y a medida que los medios y técnicas de ataque avanzaron, fueron imponiéndose otras nuevas ideas, como la de las guerras cortas y las batallas decisivas, concebidas, en parte, por el norteamericano Sherman y los prusianos Schlieffen y Moltke, como, mucho después, el almirante inglés Fisher y principalmente el mariscal Foch - formulaban las doctrinas del total aniquilamiento, con aquellos casos particulares, en los que el último postulaba igualmente la batalla decisiva mediante tal procedimiento.

Claro es que Foch, para no citar a los demás, hubiera quedado - harto sorprendido si hubiera conocido aquellos axiomas de Sun-Tsé sobre la brevedad de la guerra, y los de Se-Ma sobre la batalla decisiva, formulados veinticuatro siglos antes, según los cuales quienes ganen cinco victorias, quedaran exhaustos; los que alcancen cuatro se empobrecerán; los que, a su vez, vencieren tres veces obtendrán ya - cierto dominio, en tanto que los que logren dos victorias fundarán un reino y los vencedores de una sola ganarán un Imperio. Teorías apoyadas y complementadas por Se-Ma, al proclamar que un ejército fuerte y bien disciplinado no debe perder su tiempo en escaramuzas ni combates menores, que no conducen a nada decisivo, sino que deben provocar cuanto antes una batalla que asegure una victoria completa.

Estos principios, unidos a los reproducidos en las referencias, harán ver el ingenio y la profundidad de la experiencia de aquellos - estrategias chinos, por lo que, repetimos, su largo olvido e ignorancia sorprenden.

Mas, pese a las publicaciones antes mencionadas de Calthrop en 1908 y de Chollet en 1922, ese olvido acaso continuaría si, como ya - hemos referido, en 1927 el escritor inglés Lidell Hart no hubiera formulado unas singulares teorías que hicieron volver por fin los ojos - hacia los remotos tratadistas. En verdad, no se sabe con certeza si Lidell Hart conoció o no dichas obras, ni tampoco si llegó a captar - en el momento sus posibilidades.

Pero de lo que no puede dudarse es de que sus teorías sobre el involucramiento o la estratégica de aproximación indirecta, aunque más - bien aplicadas a maniobras clásicas, como algunas de las desarrolladas en la segunda guerra mundial, coinciden con el principio de Sun-Tsé de que el arte supremo de la guerra consiste en vencer al enemigo sin combatir.



Posteriormente, al terminar la citada guerra, un agitador hasta allí casi desconocido, Mao Tse Tung, estableció el postulado de que el objetivo final de una guerra ha de ser anular por todos los medios la voluntad de combatir del adversario. Esto representaba simplemente el nacimiento de la guerra revolucionaria, por lo que nadie puede quitar a Mao su calidad de iniciador y autoridad en tal materia.

Desde aquella fecha, dicho tipo de guerra habría de tener su aplicación en las luchas sobrevenidas, bien para ejercer diversiones en la retaguardia o para atacar por todos los medios, incluida la astucia, a los puntos sensibles de las fuerzas armadas y económicas de la nación, al objeto de que fomentada de ese modo en el adversario una cierta tensión limite, las fuerzas armadas propias pudieran intervenir para liquidar la derrota, ya antes moralmente consumida. En su conjunto como en sus detalles, las teorías predicadas por Mao convierten perfectamente con los dictámenes de Sun-Tsé.

Este mismo tratadista chino, en su postulado sobre la situación, explicaba que en la guerra la política mejor ha de ser la de conquistar intacto al Estado enemigo, para lo cual habrá de derrotarse a los contrarios por medio de maniobras y sin entrar en combate, es decir, ganando sucesivas ventajas sin hacer uso de las armas y debilitándolos por todos los medios lícitos o ilícitos, justos o injustos y, si fuera necesario, con la tiranía y la venganza. Principios que se identifican igualmente con la trilogía ideológica de Mao, en la que sostiene, como norma de acción, estos preceptos: a) Abstenerse del choque violento, limitando la acción a hostigar y minar la moral del adversario, provocando el apoyo popular. b) Desarrollar la fase subversiva propiamente dicha a través de la violencia, sabotajes, asesinatos y asaltos, limitados sobre objetivos seleccionados. c) Una vez ejercitados los principios anteriores y logrados en todo o en parte sus resultados, dirigirse al enfrentamiento directo, transformando, de hecho, el conflicto en una guerra revolucionaria.

De semejantes teorías, que de tal modo convienen con su carácter y espíritu tradicionales, proviene la actual maestría de China en la técnica de la descomposición, extremo por el cual trata de obtener que el verdadero objetivo militar a vencer sea el alma de sus enemigos.

Por otro lado, uniendo las experimentadas lecciones de sus remotas generaciones con las enseñanzas de la historia moderna, Mao no olvidó tampoco que otro de los factores necesarios para la clase de lucha que postula reside en atender y aun provocar la simplicidad de las exigencias del soldado o combatiente propio.

Esto es una determinante esencial que, a pesar de haber sido ya reconocida por algunos mariscales franceses que combatieron en nuestra guerra de la Independencia, como el mariscal Suchet en sus Memorias, el general Geuvion de Saint Cyr en su Journal des operations de l'Armée

de Catalogne-1807 a 1809 y, desde luego, por nuestro general Arteche en su notable obra sobre la citada guerra, ha sido ignorado en Argelia, Corea, Indochina y actualmente en el Vietnam, donde asistimos - al enfrentamiento de las dos concepciones, personificadas en el sencillo soldado-partisano y el complejo soldado-ciudadano, plenamente profesional, como lo es el marine norteamericano, cuya vulnerabilidad para este tipo de guerras es tanto mayor cuanto más completo es su equipo y la organización de sus efectivos (1).

Otra prueba de que una de las fuentes más primordiales del pensamiento de Mao Tse Tung radica en las doctrinas de sus lejanos antecesores, la constituyen evidentemente sus obras militares, como la Guerra de guerrillas, en donde aparecen unas máximas idénticas, para ser aplicadas a las colectividades, con la misma validez que debieron serlo hace 2.400 años.

A pesar de todo, según puede apreciarse en los acontecimientos desarrollados en estos últimos años en China, esa identificación de Mao con sus ascendientes sufre algunas desviaciones, de las cuales - una muy destacada es su olvido de ciertas prevenciones que Sun-Tsé y Wu-Tzú calificaron a la vez como nefastas, al prevenir de la incapacidad de las multitudes para prever las consecuencias de sus actos, es decir, para intervenir o ejercer sus influencias en la dirección política o bélica, porque las masas obedecen a impulsos del momento y tienden más a expresar sus descontentos y rencores que sus propias opiniones, si las tienen.

En este terreno, Mao, forzado acaso por presiones internas, parece haber suscrito el célebre aunque artificioso lema de Robespierre, según el cual el pueblo no se equivoca jamás. Pero con ello, y por lo pronto, solamente ha conseguido desencadenar unos profundos celos, desconciertos y desconfianzas que, como premisa común, llevan en sí la violencia y que quizá puedan llegar a trastocar sus esperanzas y los objetivos que persigue.

---

(1) Los soldados no deben ser equipados ni muy ligeros ni muy pesados...El soldado muy equipado no tiene fuerza para combatir porque todo su esfuerzo lo emplea en sostener el peso de su carga. SE-MA. II.

El verdadero equipo y fuerza del soldado es la virtud, el valor y el amor al deber y a la gloria...; con ello podrá afrontar los peligros y la muerte...SE-MA. IV.